

El escritor y su mundo: narrativa y filosofía en la obra de Ferrater Mora

Carlos NIETO BLANCO

Universidad de Cantabria

Introducción¹

Aunque José Ferrater Mora sea conocido, fundamentalmente, por ser uno de los grandes pensadores en lengua española del siglo XX, su personalidad intelectual es mucho más rica, ya que abarca otros campos de la creatividad humana. En rigor, podríamos decir que la producción de Ferrater alberga tres tipos de discurso: el ensayístico, el filosófico y el narrativo. Si la filosofía- en su doble vertiente creativa e historiográfica-, el ensayo y la narrativa son tres formas de escritura, ser *filósofo*, *ensayista* y *narrador* constituyen tres manifestaciones de la personalidad intelectual del pensador catalán. A su vez, el ensayismo aparece bajo dos subgéneros, a saber, el ensayo de extensión media que se da a conocer por medio de revistas, sean estas de tipo más especializado o generalista –y que, reunidos unos cuantos ensayos, pasan a formar parte de algún libro-, y el artículo periodístico. Por lo que se refiere al primer formato, Ferrater fue un ensayista desde la primera hora, mientras que comenzó a ejercer como periodista a partir de 1970.²

¹ Este trabajo se enmarca dentro del Proyecto de Investigación *El pensamiento del exilio español de 1939 y la construcción de una racionalidad política* (FFI2012-30822), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España.

² En los últimos tiempos Jordi Gracia ha insistido en tratar a Ferrater Mora más como un *escritor* que como un filósofo, deteniéndose sobre todo en su obra ensayística (véase Gracia, 2012a; 2012b; 2013). Él mismo ha

Asunto no menor será determinar la función y articular el papel que desempeñan estos tres tipos de prácticas de la escritura para integrar la personalidad de *un escritor*, que es como, a partir de ahora, deberíamos ver a Ferrater Mora y no solo como un filósofo. Y quien pensase que el cultivo de escrituras diferentes empañaría su identidad como escritor, no tendría más que leer su primer libro, publicado en 1935, para descartar semejante temor. En efecto, *Cóctel de verdad* –cuyo título entraña ya un cierto juego verbal, puesto que la palabra ‘verdad’ oficia como adjetivo del sustantivo ‘cóctel’ para significar que se trata de un *verdadero cóctel*– incluye ya una muestra de todos los géneros discursivos que el escritor novel Ferrater iba a cultivar: la filosofía, la narración, el ensayo, que de todo hay, con predominio de este último, aunque por haber, haya hasta seis poemas breves: todo un ejemplo de ejercicios literarios que encerraban una promesa de escritor.

Ahora bien, el oficio de narrador que Ferrater Mora desarrolla a lo largo de la última parte de su vida se refiere casi en exclusiva a narrador de *ficciones*, o autor de relatos cortos o novelas, a los que habría que añadir las de contenido filosófico. En efecto, la práctica de la narración pertenece también a la naturaleza de un cierto tipo de discurso filosófico –a la historiografía filosófica propiamente dicha–, como es el que durante toda su vida ha acompañado la práctica de Ferrater en calidad de expositor de filosofías ajenas, visible, entre otras obras, en su ciclópeo *Diccionario de filosofía*. Toda reconstrucción del pensamiento filosófico incluye, al menos, tres procedimientos, como son la interpretación, la explicación y la *narración*, que en este caso consiste en la elaboración de un relato articulado donde los acontecimientos lo sean los conceptos, las ideas o las teorías filosóficas, esto es, los *filosofemas*. Si a ello se une que bastantes de sus artículos periodísticos esconden técnicas narrativas, y lo sumamos a su faceta de cineasta –otra forma de “arte” narrativo–, vendremos a concluir que la *narratividad* forma parte de la identidad de Ferrater Mora como escritor y como creador.

En el segundo volumen de sus *Obras selectas*, entrega del año 1967, Ferrater Mora reúne una serie de cinco ensayos bajo el título genérico del “El arte de escribir”. Todos ellos ponen de manifiesto la preocupación que Ferrater tiene por la expresión lingüística desde su atalaya de pensador, casi la única que hasta ese momento ha cultivado. En el texto denominado “*Mea culpa*”, nuestro autor hace partícipe al lector de sus perplejidades por los pecados cometidos como escritor, interrogándose por la conveniencia de seguir escribiendo cuando tanta tinta se ha vertido ya, al tiempo que busca la manera –“no retórica”, según afirma, con una conciencia, no sólo lingüística, sino moralmente “escrupulosa”,– de sortear los cuatro enemigos del escritor: la imprecisión, la pesadez, la retórica, y el mal gusto (Ferrater Mora, 1967b II: 200). Esta singular autocrítica a la vista del público lector pone de manifiesto el insobornable compromiso ferrateriano con el estilo, al punto de hacer avanzar su escritura filosófica hacia una dimensión que haga necesaria la apertura de otro horizonte no filosófico para desarrollar su vocación de escritor. Esta es su tesis, con subrayado incluido:

reunido un selección de ensayos de Ferrater en un libro antológico, precedido de un estudio introductorio (véase Ferrater Mora, 2005). Junto con Domingo Ródenas, Gracia ha editado una antología titulada *Ensayo español: siglo XX*, en que incluye dos textos de Ferrater (Barcelona, Crítica, 2009: 574-593). Por otro lado, Amauri F. Gutiérrez Coto ha editado también otra antología en la que reúne los textos publicados por Ferrater Mora en revistas cubanas, tanto en el tiempo que duró su exilio en la isla (1939-1941), como a lo largo de otras dos visitas efectuadas con posterioridad. Su prólogo nos proporciona información interesante sobre uno de los periodos menos conocidos de la actividad intelectual de nuestro autor (véase Ferrater Mora, 2007).

Se trata de considerar nuestro oficio de escritores como un ejercicio que nos impone ser responsables tanto en lo que decimos como en el modo de decirlo (Ferrater Mora, 1967b, II, 203).

El poeta catalán Joan Oliver –que acostumbraba a firmar sus textos como *Pere Quart*-, y que compartió una profunda y duradera amistad con Ferrater, inaugurada en los difíciles momentos del exilio chileno, cimentada posteriormente en la mutua admiración que sentían el uno por la trayectoria del otro, pone en el mismo rango el amor que Ferrater como filósofo siente por el lenguaje que el que le dispensan los poetas, añadiendo la belleza a la precisión estilística como rasgos de su estilo:

Ferrater Mora es un filósofo que ama el lenguaje casi tanto como un poeta. A decir verdad, su amor por el lenguaje es un amor de pensador. En filosofía, el asunto del que se trata es el pensamiento; el estilo literario debe confinarse a la expresión y modulación de los pensamientos. Actualmente no hay ninguna razón para que el lenguaje no deba combinar la precisión con la belleza. Cuando ello sucede obtenemos la transparencia y la claridad que son características de la prosa filosófica de Ferrater Mora (Oliver, 1981,1).³

Muchos de los artículos y libros de Ferrater rezuman una intertextualidad alimentada de la reescritura constante para lograr la mejor expresión en cada momento de su evolución intelectual, revelando una insatisfacción que no es, sino, el testimonio de su aspiración a la perfección. De esta manera, su ejercicio filosófico requiere ser elevado a otra dimensión de la que la filosofía sólo es una parte, eso sí, la parte central, visible, pero parte a fin de cuentas, de quien ostenta la vocación de *escritor*. La literatura, en suspenso en la obra filosófica más sistemática, pero alumbrada ya en el ensayo, concienzudamente ceñido a un estilo propio, fluye por las arterias del Ferrater escritor, deteniendo, hasta un límite que se hará ya insoportable, el último recodo de su vena creativa, la de narrador. Este talante intelectual lo ha visto muy bien Jordi Gracia en un estudio reciente, cuando afirma:

Me resistiré como mejor sepa a tratar a Ferrater Mora sólo como filósofo, porque me parece que las lecciones más sutiles y perdurables de su obra son literarias. [...] Ferrater Mora fue desde luego un filósofo y su obra estrictamente filosófica no estuvo nunca reñida con una vocación literaria muy precisamente entendida. Hacer literatura no era precisamente una forma de rebajar el valor de lo escrito, ni era tampoco una concesión fácil a públicos ignaros, sino un ejercicio intelectual que lo arrebató desde los veinte años hasta la hiperactiva vejez del escritor. [...] Y Ferrater Mora no quiso cerrar ninguna puerta ni al experimento literario ni tampoco desde luego a la conjetura: fue un explorador literario nato, y fue buscador también, atento, curioso, constante e inconstante (Gracia, en Ferrater Mora, 2005, 13-14).

³ En inglés en el original –de donde la hemos traducido-, vertido del catalán por José Ferrater Mora: “Ferrater Mora is a philosopher who loves language almost as much as a poet loves it. To be sure, his love of language is a thinker’s love. In philosophy, the subject matter is thought; the literary style must confine itself to the expression and moulding of thoughts. Now, there is no reason why language should not combine precision with beauty. When this happens, we obtain the limpidity and clarity that are characteristics of Ferrater Mora’s philosophical prose”.

A menos que, cuando Gracia hable de “lecciones literarias”, se refiera también al estilo de su obra, incluida la obra filosófica, me distancio de su apreciación acerca de que sus mejores lecciones sean de esa índole. Bastará solo con tomar en consideración la cantidad y calidad de su contribución filosófica y compararla con la literaria para pensar de este modo, por lo que me parece que no es una buena estrategia desenfocar lo filosófico para traer al primer plano lo literario.

La mejor reflexión de Ferrater Mora sobre su vocación de escritor, incluidas las perplejidades sobrevenidas por la búsqueda de un estilo que pueda hacer propio, es el retazo de autobiografía intelectual titulado “Confesión preliminar”, una autoexposición con la que encabeza la consagración que supuso contar con los dos gruesos volúmenes de sus *Obras selectas*. Lo que merece la pena resaltar de esta confesión es la convicción con la que en un momento dado Ferrater sostiene acerca de sí mismo que él no ha nacido para narrar, afirmación con la que finaliza el siguiente párrafo:

De vez en vez, si bien en fechas ya algo remotas, ha cruzado por mi magín la quimera de ensayar la novela o, si más no, el relato. No recuerdo siquiera si alguna vez puse manos a la obra, pero si tal ocurrió no debí de pasar de la segunda página. No me hubiera afligido nada ser capaz de novelar, pero he tenido que contentarme con ser lector de novelas. Evidentemente, no he nacido para narrar (Ferrater Mora, 1967b, I, 17).

El “no he nacido para narrar” es más un lamento que una confesión, por lo que de él se infiere que a nuestro escritor le hubiera gustado ser un narrador. Este deseo, imposible en 1967, eclosionará a finales de la década de los setenta para crecer definitivamente a lo largo de la década siguiente. Se diría que Ferrater Mora estaba preparando el terreno, barruntando una posibilidad que le aguijoneaba hasta dejarlo insatisfecho. Sólo quien desconozca el pensamiento de Ferrater Mora podría tomarse totalmente en serio su “no he nacido para narrar”, y no abonarse al beneficio de la ironía, negando de plano una posibilidad en la que, sin embargo, confiaba. Por eso, en las últimas fechas de su producción, las de los años ochenta, estaba emergiendo ya una nueva modalidad de su vena creativa. Para quien no había nacido para narrar no estuvo mal haber publicado en los últimos diez años de su vida cinco novelas y dos libros de relatos.⁴

⁴ Tampoco había nacido para poetizar –aunque, que sepamos, Ferrater Mora nunca consignara por escrito esta queja–, pero he aquí que en la temprana fecha 1936 publica en la Revista gaditana *Isla*, un poema titulado “Teogonia”, encabezado por esta frase de la *Metamorfosis* de Ovidio: *Ante mare et terras et quod regit omnia caelum*. Dicho poema, que sepamos, no lo recuperó posteriormente. Como nosotros, seguro que cualquier conocedor de la obra de Ferrater Mora se sorprenderá al acercarse por primera vez a este devaneo poético, pero no lo hará del todo, cuando inspeccione su contenido, atrevida y maduramente filosófico donde los haya para un joven de 24 años. Dice así:

1 Mucho antes de la tierra,/del nombre de las cosas./Mucho antes de la acción y la palabra.

Mucho antes de la lucha/del sol con las estrellas/en el campo ensangrentado de la tarde.

Antes de que los mares/se desposaran con la tierra/y recibieran el beso de los aires./Antes de que el volcán/sintiera hervir el fuego en sus entrañas/y tiznara los siglos/de recuerdos amargos. / Antes de que los ríos/extendieran sus brazos por los deltas.

Mucho antes de las fuentes,/de las fieras y pájaros./Mucho antes de la luna/y de la “aparición vespertina de la luna”.

Caminabas llorando/empapando las nubes, silenciosa,/por el cielo sin luz y sin estrellas.

Te sostenían caminos invisibles, apagaban tu sed manantiales sin agua,/árboles inexistentes ofrecían sus frutos/en los bordes de rutas increadas.

No sabía tu nombre/ni el nombre de las cosas que amo ahora/ porque las acaricia tu mirada.

Hasta donde se nos alcanza, el conjunto de la trayectoria intelectual de Ferrater Mora puede constituir un caso, si no único, sí excepcional, no sólo dentro de la cultura española, sino en el panorama internacional, escasamente valorado tanto dentro como fuera de España. Como filósofo, ya es singular que el autor del *Diccionario de filosofía* –casi cuatro mil páginas a doble columna, con un cuerpo de letra reducido, tienen los cuatro volúmenes de la sexta edición de 1979, la última firmada por él-, tras la “contaminación” sufrida por la inmersión en las filosofías ajenas, fuera capaz de armar su propio sistema filosófico, pues, como el propio Ferrater nos solía avisar, sabido es que el enciclopedismo conduce al escepticismo. Pero como escritor su caso es aún más llamativo, si después de esa inmensa tarea se propone coronarla al final de su vida con una obra narrativa a la que llega a través del puente tendido por la realización de películas como cineasta *amateur*.⁵

En este trabajo nos proponemos un acercamiento a la faceta narrativa de Ferrater Mora, como una parte de su vocación de escritor, la cual nos parece indisociable de su condición filosófica y de sus intereses por la teoría literaria, lo que nos guía a modo de claves hermenéuticas que permiten su comprensión. Su esclarecimiento permitirá ir completando el conocimiento de ese caleidoscopio creativo que fue José Ferrater Mora.

El universo narrativo

A lo largo del año 1972, Ferrater Mora publicó en el diario *La Vanguardia española* una serie de artículos bajo el título genérico de “El mundo del escritor”, seguidos de otros en donde trataba de ilustrar su teoría con estudios específicos como “El mundo de Baroja” y “El mundo de Valle-Inclán”. Uniendo dichos textos a otros dos titulados “El mundo de Azorín” y “El mundo de Calderón”, en 1983 nuestro autor armó un volumen titulado *El mundo del escritor*, del que tomamos las siguientes ideas.

Para teorizar sobre el mundo del escritor, Ferrater plantea la cuestión enmarcándola dentro de una visión filosófica general que se despliega por medio de tres mundos, lo cual significa que el mundo del escritor guarda relación con los otros dos a los que nadie puede sustraerse. El primero se denomina ‘mundo real’ y está compuesto por un conjunto de entidades físicas y seres vivos, así como por realidades culturales producidas por los humanos en el seno de comunidades dotadas de estructuras de carácter socio-político. El autor es consciente de los problemas y las implicaciones semánticas que puede plantear el uso de un adjetivo como ‘real’, razón por la cual se distancia del mismo, entrecomillando el vocablo, para dar a entender que los otros dos mundos también son reales, pero no lo son en el sentido enfático o fundamental en que lo es el “primer mundo”. En ese ‘mundo real’ se desarrolla el ‘mundo

Sabía que sin ti no habría mundo/ni peces en los mares/ni aves en los aires/ni oro entre las nieves.

Nada./Sólo una voz, la tuya,/danzando muda entre los astros.

2 Carecías de nombre,/de forma, de figura.

Y, sin embargo, lo llenabas todo/como el caos de Hesíodo/como el fuego de Heráclito.

Sólo tú lo eras todo/y eras nada.

Pero ahora que en el mundo/los sonidos despiertan a los pájaros, /la luz vence a la sombra,/el nombre a lo nombrado.

Ahora seré yo quien te diré tu nombre/y romperé tu escudo y quebraré tu lanza.

Te llamas lo posible/y fuiste en un principio.

Mucho antes de la acción y la palabra.

⁵ Su filmografía, en corto y medimetro, se compone de 15 films, incluyendo documentales, realizados entre 1969 y 1979 (véase: Ferrater Mora, 1974; Romaguera Ramió, 1999).

personal', privado, subjetivo del escritor, compuesto por sus vivencias, sus sentimientos, así como por las ideas, expectativas y concepciones del mundo que sostiene. A partir del fundamento que representan estos dos mundos, emerge el titulado 'mundo artístico', el cual puede estudiarse

[...] como uno que surge en virtud de ciertas relaciones que se establecen entre el mundo personal del escritor y el convencionalmente titulado "real". [...] El mundo del escritor es, por lo pronto, solamente el modo como un escritor organiza lingüísticamente el mundo "real" y el personal (Ferrater Mora, 1983, 16).

Partiendo del supuesto de que el mundo artístico, el literario en este caso, es una invención del escritor elaborada con materiales lingüísticos, dicha construcción ha de hacerse desde la referencia que presentan los otros dos mundos al ser trasvasados al mundo artístico, de suerte que los escenarios, tramas y personas que aparecen en la obra literaria, transmutados por expresiones lingüísticas, puedan ser comprendidos por un lector al provenir de un mundo reconocible para él, del cual el literario es una recreación fingida. Además, el escritor los fabula desde su propia subjetividad, contando con lo que siente, imagina o piensa, transfiriéndolo a sus personajes, no estando en ninguno por entero y sí un poco en todos ellos. Mundo real y mundo subjetivo, son pues, condiciones necesarias, pero no suficientes, desde las que un autor erige su propio universo literario.

Puesto que ese mundo del escritor es verbal, Ferrater Mora se esfuerza por precisar su teoría del siguiente modo. Las palabras dan lugar a un texto constituido por "sentidos" que expresan "preferencias" mediante las que un escritor ofrece sus valoraciones sobre la realidad o las conductas humanas, lo cual se ejecuta creando "campos semánticos" que acentúan ciertas afinidades conceptuales y sus opuestos. Cuando estos materiales lingüísticos exhiben un cierto tipo de "consistencia" interna dan lugar a lo que, según su terminología, puede llamarse con propiedad el *mundo del escritor*.

Desde este punto de vista, el mundo del escritor y el mundo lingüístico del escritor son una y la misma cosa. Sólo por razones de comodidad se dice que un autor ve el mundo de cual o tal modo. Aunque esto puede ser [...] un hecho, lo único que aquí importa es el mundo que mediante el lenguaje, o el sistema de preferencias lingüísticas, el autor construye. Éste es, en abreviatura, "el mundo del escritor" (Ferrater Mora, 1983, 22).

La obra narrativa de Ferrater Mora se compone de cinco novelas, cuyos títulos, por orden cronológico, son los siguientes: *Claudia mi Claudia* (1982); *Hecho en Corona* (1986); *El juego de la verdad* (1988); *Regreso del infierno* (1989); *La señorita Goldie* (1991). Además existen tres libros de relatos, pues junto a los titulados *Siete relatos capitales* (1979), y *Voltaire en Nueva York* (1985), meses después de su muerte apareció un tercero con el título de *Mujeres al borde de la leyenda* (1991).

De las cinco novelas que antes hemos enumerado vamos a referirnos exclusivamente a la trilogía formada por *Hecho en Corona*, *El juego de la verdad* y *La señorita Goldie*, al expresar lo más genuino del mundo novelesco Ferrater Mora, pues se resuelven en una geografía propia, que se convierte en el escenario donde se desenvuelven sus personajes, y al que denomina Corona, un país descrito con minuciosidad y parsimonia en la primera de las tres obras citadas. Veamos.

Corona es una isla situada en el Atlántico Norte, frente a la costa occidental de los EE.UU.,

cuya existencia como Estado independiente data de 1776 –¡pero fundada tres meses antes que la potencia continental norteamericana!-, en la que se habla el español, pues fue colonizada, no por la espada de soldados hambrientos de fortuna, protegida por la cruz de fanáticos frailes, sino por comerciantes y “peritos” españoles, muchos de los cuales eran conversos y los demás erasmistas. Posee dos grandes ciudades: la capital, Regina, y Joroba, ciudad eminentemente industrial. En este territorio se disfruta de un nivel de vida tan elevado que puede colocarse a la vanguardia del mundo civilizado, como lo acredita el prestigio del marchamo “hecho en Corona”. Tras dar cuenta con precisión cartográfica de los pormenores físicos y humanos que adornan la geografía de semejante territorio, Ferrater Mora pone de relieve el funcionamiento de las instituciones sociales y políticas, de las que sus habitantes, los coronenses, se sienten particularmente orgullosos. Se trata de una democracia avanzada, que, sin descartar el interés privado propio de una economía de mercado, ha logrado cotas estimables de igualdad, donde sus ciudadanos gozan de un alto grado de libertad, referente a opiniones, creencias, comportamiento sexual o consumo de drogas, en su mayor parte legalizadas.

El novelista nos regala con una prolija recreación histórica de los orígenes de Corona desde los tiempos de su descubrimiento por los españoles. A diferencia de lo que sucedió en todos los casos conocidos de conquista y colonización de América por parte de los europeos, los conquistadores de Corona se comportaron de forma respetuosa con los indios aborígenes, cuya vida y cultura fue preservada, los cuales se fueron incorporando paulatinamente, por decisión propia, a la próspera vida de Corona (Ferrater Mora, 1986, 51-52).

Tratando de penetrar en la carpintería de la novela, debe subrayarse que el personaje que oficia como autor de la novela –uno de los tres narradores que comparecen en esta obra-, el novelista Rómulo Redondo, jura que escribe sobre un país real, perteneciente al mundo real (Ferrater Mora, 1986, 20), sin permitirse ninguna invención. Paradójicamente, este mundo real, al que dice acomodarse el relato, es hijo del texto, un ejemplo más de la potencia textual de la obra drenada con la ironía de Ferrater Mora.⁶ Estamos ante el artificio desplegado por una verdadera *ficción* para borrar sus propias huellas y producir en el lector la ilusión de realidad.

A medida que la novela avanza hacia su final, este textualismo se hace cada vez más evidente al resultar que la obra que sale finalmente publicada con el título de referencia, una vez que su autor haya sido asesinado, es una manipulación del editor, que con los materiales recibidos ha urdido un simulacro de manuscrito que solo atiende a sus truculentos propósitos y bastardas ambiciones, los cuales flotan sobre una trama de oscuros intereses.⁷ A la manera de algunas producciones cinematográficas conocidas con *making-of*, la gestación de la novela forma parte de la novela misma.

La segunda entrega de esta serie, *El juego de la verdad*, Finalista del Premio Nadal de 1987, se publica en 1988, y desde mi punto de vista, constituye la culminación de la maestría

⁶ La ironía tiene una larga historia en nuestra tradición filosófica, desde Sócrates a Nietzsche y si, parafraseando a Fichte, el tipo de filosofía que se profesa depende del tipo de persona que se es, la ironía que con frecuencia destilaba el trato personal con Ferrater, recorre también transversalmente el conjunto de su obra, una ironía, en todo caso, más reveladora que deformadora, o más cervantina que quevedesca. La ironía está presente en Ferrater Mora en su doble condición de filósofo y escritor (véase Nieto Blanco, 2012).

⁷ El editor aparece como un personaje atrabiliario del que en un momento dado se sirve Ferrater para justificar, pero también para descargar su conciencia, un punto pesadoso, por endosar al lector una escritura demasiado intelectual, cuando dice: “No me opongo, lo sabes bien, a la introducción en la narrativa de elementos despectivamente calificados de “intelectuales”, porque me gusta que el lector se joda con cosas que no entiende, pero en esto nuestro coronense se pasaba de la raya.” (Ferrater Mora, 1986, 332).

literaria de Ferrater Mora, que se adorna con un estilo redimido por la paciencia y el primor, dando como resultado una prosa depurada, y en ocasiones elegante. Los acontecimientos que va narrando forman parte de un discurso novelesco cargado de ingenio y finura intelectual, lo que se pone de manifiesto en las dotes que atesora para el análisis, la formulación de hipótesis y el ejercicio de la lógica. El material narrativo se transforma en una intriga por arte de la manipulación intelectual a que lo somete su autor.

Dicha novela, que nos viene colgada de un título filosófico donde los haya, es una narración reflexiva, valdría decir también, una reflexión narrativa, referida al comportamiento criminal, real o supuesto, de uno de los personajes más influyentes de la ciudad de Joroba que acaba ventilándose en sede judicial. Pero su conclusión es profundamente escéptica, ya que queda sin poder establecerse la verdad de unos hechos. No sabemos cuándo estamos ante la verdad, por adornada que se presente a través de los tres momentos del proceso dialéctico, que en el relato figuran como: (1) testimonio; (2) retractación; (3) retractación de la retractación. Para ello nuestro autor se burla de la supuesta perspicacia de uno de los personajes de la obra, filósofo del Derecho él, neohegeliano por más señas, que habría previsto, de acuerdo con la tesis de Hegel de que la verdad es el todo, que la susodicha verdad estaría en el tercer momento. Pero nada de esto convence al juez (Ferrater Mora, 1988, 233). Ese tercer momento, ni es el definitivo, cerrando o enriqueciendo el proceso –como lo hubiera explicado Hegel-, ni, al negar el segundo, tampoco nos devuelve al primero, lo que hubiera sido lo “correcto”. Y a la postre, la verdad no aparece, manejada como está desde tantas perspectivas, contemplada a través de tan diversos enfoques, y envuelta en tantos puntos de vista:

Desde cualquier ángulo que se la mire, la verdad ofrece un aspecto engañoso. Uno tiene la impresión de que su ocupación principal es disimular, disfrazar, mixtificar. Por eso es tan seductora: por sus muchas faces y sus muchos antifaces. Lógico que la más célebre respuesta dada a la pregunta por la verdad hubiese sido el silencio. [...] Siempre vestida y velada, como avergonzada de sí misma. Siempre recubierta de calificativos (Ferrater Mora, 1988, 268).

Con los elementos sobrantes de las intrigas protagonizadas por los personajes de la obra anterior, Ferrater Mora publicó la que iba a ser su última novela, *La señorita Goldie*, a cuya presentación en Barcelona acudía, cuando el 30 de Enero de 1991 fue sorprendido por la muerte en la misma ciudad que lo vio nacer. Aquí el pecado es la venganza, servido, más que nunca, en un plato bien frío. Tras ponerse en la cabeza de los padres adoptivos de la protagonista, destripando sus respectivos ajustes de cuentas, el novelista convierte a la jovencita Goldie en narradora de su propia venganza hacia ellos, sabedora de que son los autores de la muerte de su padre biológico.

Los personajes del drama –*dramatis personae*- que pululan por el mundo creado gracias a estas tres obras de Ferrater Mora no son heroicos. Pertenecen a las clases altas de la sociedad y la mayoría de ellos tienen algo que ocultar. La apacible y perfecta Corona lo es solo en la superficie, y no está adornada precisamente con las platónicas virtudes cardinales, pues la atraviesan ríos subterráneos de pasión, ambición, corrupción, mentira, envidia o venganza, conductas todas ellas más proclives a ser consideradas graves pecados capitales, de donde podría inferirse que la utopía ferrateriana a la que anteriormente hacíamos referencia acabe por transformarse más bien en una anti-utopía o en una *distopía*.⁸

⁸ En un momento dado, el autor se pregunta retóricamente. “¿Sería Corona el primer ejemplo en la historia de la “fábula de las abejas” del doctor Bernard de Mandeville?” (Ferrater Mora, 1986: 287). La pregunta encaja perfectamente en la lógica del relato, pues parece que los vicios particulares de los ciudadanos de Corona pueden

Los recursos lingüísticos puestos en juego por nuestro filósofo están al servicio de la descripción y del análisis, examinando las situaciones con la puntilliosidad propia del investigador. Existe un léxico generoso con las actividades de orden tecnológico e intelectual, completando las clasificaciones de materias y las posibilidades que plantean los diferentes cursos de acción con criterios prácticamente exhaustivos. Los textos están llenos de cautelas, de cláusulas explicativas, de cultismos procedentes de otras lenguas, rebosando intertextualidad por todos sus poros. En ocasiones hay un cierto regusto arcaizante, y no es infrecuente la presencia de algún americanismo, como el verbo “chaperonear”. La prosa narrativa se hincha con frecuencia con importantes dosis de reflexividad.

Filosofía y narrativa

Como anticipábamos al principio de este trabajo, hecha la presentación de una de las trayectorias de Ferrater como escritor, su actividad como novelista, se trata ahora de interpretar esta contribución de tal modo que nos permita evaluar su convivencia –pacífica o polémica- con el Ferrater filósofo. Afirmar que los tres ámbitos de su creatividad son obra de *un mismo autor* es decir algo tan verdadero como trivial, puesto que lo que habría que determinar no es tanto el hecho mismo como la articulación de esa triple experiencia.

Si la cuestión se redujera a explicar la relación entre la filosofía y el ensayo, el problema desaparecería, al manar ambos géneros del mismo venero, como hilos de agua que alimentan un solo río, pues, aunque su tipología ostente algunas diferencias, tanto el contenido de un ensayo como el de una obra filosófica incluyen ideas, conceptos, teorías, destilados desde una actividad cognitiva y reflexiva, y son presentados por medio de argumentos. Por ese motivo es tan frecuente encontrarnos con filósofos que también han sido ensayistas, lo que podría comprobarse acudiendo a los más grandes desde los orígenes de la modernidad, sin desconocer que, en algunos casos, el texto por el que algunos autores han alcanzado el rango de filósofos no ha sido precisamente una obra de gran porte, sino un rimero de ensayos.

Si bien los pensadores han cultivado el ensayo, es extraño que aparezcan registrados también como productores de novelas, razón por la cual no abundan filósofos que sean a su vez novelistas. Filósofos en posesión de una obra consagrada que sean además autores de novelas en el siglo XX pueden contarse con los dedos de la mano: Sartre, Unamuno y Santayana, el último en posesión de una única novela, por citar los tres nombres a los que siempre apelaba Ferrater Mora, para cobijarse él mismo dentro de esta lista.⁹ La existencia de filósofos novelistas plantea al estudioso de su obra una cuestión que puede estar representada por las siguientes preguntas: ¿se reconoce el pensamiento filosófico del autor en su obra literaria?; ¿refleja la novelística su filosofía?; ¿la narrativa del autor en cuestión es un ejercicio filosófico, pero ejecutado por otros medios? Y otras de un tenor similar. En el caso de Ferrater tendremos que proponer una respuesta, que no es, sino el resultado de la

dar lugar a un bienestar de carácter general, tópico que, bajo diversas teorizaciones, se convirtió en una idea recurrente en los siglos XVIII y XIX para explicar el origen del liberalismo económico, y de paso, el de las sociedades modernas, según Smith, Kant y Hegel. Hay que recordar que Ferrater Mora figura como traductor al castellano de la obra del médico de origen holandés (véase Mandeville, B. de, *La fábula de las abejas o los vicios privados hacen la prosperidad pública*, México, F.C.E., 1982, comentario crítico, histórico y explicativo de F. B. Kaye, trad. de J. Ferrater Mora).

⁹ A esa lista cabría agregar el nombre del filósofo y semiólogo italiano Umberto Eco, novelista de vocación tardía también, autor de media docena de extensos relatos, todos ellos ambientados en alguna etapa de la historia europea. Y quizá no esté de más recordar la obra *Julia, o la nueva Eloísa*, la novela dialogada de Rousseau, otro filósofo metido a novelista, ¿o habría que decir mejor otro ‘escritor’?

hermenéutica que realicemos de todos los estratos que configuran su obra. Pero para completar la visión de este cuadro es preciso ampliar el marco de referencias.

Habría que tener en cuenta lo que sucede con aquellos narradores –solo narradores-, cuya obra viene acompañada de una gran carga filosófica, al punto de que en ella se exponen, dirimen o ventilan grandes ideas o se caracteriza a los personajes en virtud de su identificación con ideologías o ideales que se enfrentan a los de otros personajes de la obra. Novelistas como Dostoievski, Kafka, Musil, Camus, Thomas Mann, o Baroja, por distintos motivos, entran de lleno en esta relación. Dando por sentado que su mundo novelesco tiene una densidad filosófica, la relación entre narrativa y filosofía queda ya resuelta sin que haya necesidad de plantearla, lo que nos da pie a añadir una nueva cuestión a la lista anterior de filósofos novelistas por analogía con los que podríamos llamar, *sit venia verbo*, “novelistas filósofos”, donde cabrían *El Quijote* de Cervantes o *El Criticón* de Gracián, tan filosóficamente plenos, como estilísticamente densos.

Del mismo modo que podemos reconocer lo que otorga un cariz “filosófico” a una novela, trazando una flecha que vaya de la narrativa a la filosofía, ¿podríamos tomar la dirección opuesta, la que va de la filosofía a la narrativa, destacando lo que hay de “literario” en la obra filosófica, si fuera el caso? Estimo que la respuesta debe ser afirmativa si establecemos previamente que la tipología de la misma es diferente para las dos direcciones, ya que en el supuesto de la dirección novela/filosofía hemos de atenernos al contenido de aquella, mientras que en el caso contrario, tenemos que descartarlo, por lo que nuestra indagación podría formularse en estos términos: así como la narrativa puede trocarse filosófica, ¿podría la filosofía “narrativizarse”? Si esto quiere decir que tiene que haber alguna “historia” en las obras filosóficas, parece difícil que ahí hallemos una respuesta convincente, pero si lo que se sostiene es que en toda obra filosófica existe un relato, protagonizado, no por personajes de carne y hueso, sino por ideas, que se organizan formando una trama argumental que comienza, se desarrolla y culmina, entonces sí podría destacarse, con variaciones, según la naturaleza del caso, una narrativa de la que el texto filosófico está penetrado.

Pero con esta respuesta tan general creo que solo hemos rozado el fondo de la cuestión, aunque algo hayamos avanzado, pues del mismo modo que no todas las novelas son filosóficas, tampoco todas las obras filosóficas son “literarias”, en un sentido más específico de este término. ¿Dónde podríamos encontrar ese marchamo? Me parece que no en su contenido, sino en el *estilo* de la obra filosófica, con lo cual el asunto rueda directamente hacia el campo de la estética. De acuerdo con esta apreciación, un texto filosófico entraría además en la categoría de pieza literaria si se atuviese a las leyes de la belleza propias del caso, si apareciese adornado con un estilo original, fruto del manejo experto de los recursos expresivos por parte de quien lo escribe, con el propósito de impactar en la sensibilidad del lector, al que hemos de seducir, conducir, persuadir, con la retórica propia del caso, para que, convencido de lo que decimos, se identifique con nuestro discurso, lo cual es también una forma de respetarlo. En nuestra lengua hay un ejemplo sobresaliente que cumple a la perfección con este requisito y no es otro que la prosa filosófica de José Ortega y Gasset, del mismo modo que fuera del dominio lingüístico del castellano, la obra destacada por las mismas razones es la de Friedrich Nietzsche. Los libros de Ferrater Mora conviven bien con esta vocación estilística, aunque de manera desigual, más persistente en las obras centrales de su producción filosófica, llegando a su culminación, desde mi punto de vista, en *El ser y el sentido*, menos maduras al comienzo, y más austeras al final de su trayectoria. Estas conjeturas nos han servido de propedéutica para abordar la cuestión que nos concierne en

torno a la relación entre la filosofía y la novelística de Ferrater Mora.

Priscilla Cohn, que conocía de primera mano la gestación de la obra de su marido, se ha ocupado recientemente del tema señalando que, aun cuando su filosofía no está ausente de su novelística, la narrativa de Ferrater ni es una mera ejemplificación de su pensamiento filosófico, ni el conocimiento de sus ideas filosóficas debiera ser un prerequisite para abordar la lectura de sus novelas.¹⁰ Esta segunda observación me parece que tiene un recorrido más amplio.

De sobra sabemos que no existe algo así como la “inocencia hermenéutica” o la mente libre de prejuicios desde la que entrar en la lectura de un texto, lo que viene como anillo al dedo para el caso que nos ocupa. Si el novelista en cuestión se llama José Ferrater Mora, un filósofo reconocido internacionalmente como una de las figuras del pensamiento hispánico del siglo XX, cuyas alforjas apenas pueden contener el peso de su abundante obra filosófica, y cuya dedicación como novelista se produce *después* de una vida consagrada por entero a la filosofía, entonces es difícil sustraerse a ese prejuicio. Y si bien hay lectores menos avisados que otros de las biografías intelectuales de los autores que leen, es bastante improbable que alguien se acerque a alguna novela de Ferrater sin saber que se trata de un filósofo, lo cual puede representar algún problema tanto para el lector como para la comprensión del autor.

Un primer acercamiento a la respuesta que venimos demandando tendría que rendir tributo a la sorpresa inicial que nos causó a quienes conocíamos la filosofía de Ferrater y habíamos tratado a su autor, descubrir esa vena literaria que casi de forma frenética embargó los últimos diez años de su vida. Como él mismo se encargó de explicar en su momento, dejándolo por escrito en la correspondencia o en alguna entrevista que concedió, a esas alturas de su vida: (a) juzgaba que había dicho todo lo que tenía que decir mediante sus obras filosóficas; (b) lo que no significaba que su pensamiento se hubiese agotado; (c) razón por la cual debería explorar otros géneros discursivos. Descartada, pues, la obra filosófica y el ensayo -a excepción de la puesta al día de algún texto como *El ser y la muerte* en 1987-, solo quedaba la narrativa de ficción, lo que es perfectamente coherente en alguien que, por encima de todo, llevaba inscrito desde su juventud el oficio de escritor, y en cuya trayectoria no faltaban algunos destellos narrativos.

Como se le insistiese desde círculos próximos de amigos y colegas, blandiendo el lacerante látigo de “zapatero a tus zapatos”, con la intención de desanimarlo a continuar por el camino de la novelística, Ferrater se defendía con tenacidad mirándose en el espejo de los filósofos novelistas, reivindicando para sí la libertad de ensayar nuevos caminos en la expresión de su pensamiento, que en este caso precisaban de la construcción de fábulas, oficio con el que disfrutaba, sintiéndose plenamente capacitado para ejercerlo. Con independencia del juicio que nos merezcan sus novelas, hay que agradecer a Ferrater Mora que en lugar de cancelar su actividad intelectual, y jubilarse como numerario del olimpo filosófico hispánico, se arriesgase con el experimento narrativo, dando muestras de una laboriosidad y de un talento sin parangón en nuestro medio.

En una entrevista que concedió a Assumpció Maresma dos años antes de su muerte, a la pregunta de si no entraba entre su planes completar su obra filosófica con una Estética,

¹⁰ “The fact that these novels are not mere examples of their author’s philosophical thought, does not mean that Ferrater Mora does not make philosophical allusions in these novels. Of course he does. Nor would I contend that he is not influenced by his knowledge of his history of thought. Of course he is. What I mean is that any philosophical content is not the most important ingredient of any of his novels. I would go even further and assert that knowing that Ferrater Mora is a philosopher or knowing his philosophical thought is not a prerequisite either for enjoying his novel or for understanding and appreciating them.” (Cohn, 2010, 12-13).

Ferrater respondió que lo había intentando en algunos textos menores, pero que no se consideraba capaz de escribir todo un tratado sobre el tema. Ahora bien, añadía, no pudiendo transitar el camino de la teoría estética, dada la importancia que otorgaba a esta veta creativa, optó por producir obras de arte, relatos, narraciones, novelas, ficciones, fábulas (Maresma, 1990, 36).¹¹

Para trenzar una respuesta al asunto de la *complementariedad* entre filosofía y narrativa, hemos de partir del hecho de que la vocación literaria de nuestro autor viene de muy lejos –en rigor desde siempre–, con lo cual hemos de reestructurar la cuestión hacia el problema de cómo ensamblar dos tipos de escritura *de un mismo escritor*. Y si podemos hablar de un escritor, ahora sería el momento adecuado para aplicarle a Ferrater su teorización literaria, anteriormente resumida, propuesta bajo el sintagma de “el mundo del escritor”, reconduciéndolo y ampliándolo a los términos del caso. De acuerdo con ello, consideraremos que el mundo del escritor Ferrater Mora viene representado por *el conjunto* de su obra, y para el propósito de este trabajo, se identifica con el universo habitado por sus trabajos de creación tanto filosófica como literaria.

Al desplazar el concepto de “mundo del escritor” desde el ámbito particular de la narrativa a todo el universo creativo del Ferrater escritor, incluyendo su sistema filosófico, debemos subrayar que tanto el uno como el otro forman parte de un único mundo, pues, como he indicado en otro lugar, los discursos, del tipo que fueren, son una forma de mirar “el mundo desde dentro” (Nieto Blanco, 2005). Todo lo que existe, o lo que hay, forma parte o es la realidad, vocablo sinónimo, también, de mundo. Y dentro de lo que hay, tanto la narración novelística como la teorización filosófica –incluyendo este metadiscurso en que hablamos de ambas – son parte del mundo, perteneciendo al grupo ontológico de las *objetividades* o al nivel *cultural* de la realidad. Obviamente, esta es una conclusión que procede de la propia ontología de Ferrater Mora, por eso, desde ella, el mundo que aparece en su filosofía es el mundo *explicado*, mientras que el que nos deja su novelística es el mundo imaginado, soñado, inventado, *fabulado*, pero en los dos casos, las operaciones se ejecutan sobre *el mismo mundo*, y en ambos con el auxilio de recursos textuales diferentes.

Si hay una característica común que enlace ambas facetas es la de la *creatividad* –filosófica y literaria–, y si existe un rasgo que unifique el conjunto de su actividad creativa, o que defina mejor que otros el talante intelectual del escritor Ferrater Mora este es el de *pensador*, de donde se sigue, en virtud de la transitividad lógica, que bosquejar el mundo del escritor Ferrater consistirá en determinar su quehacer como pensador, y puesto que el resultado principal de esta actividad ya nos es conocida por medio de su obra filosófica acabada, tendremos que ver ahora cómo se armoniza, articula, compagina, o cómo se complementa con esa nueva dimensión de su pensamiento vertida en el otro género, formado por sus obras literarias. Formalmente, pensamos que así queda la cuestión suficientemente aquilatada.

¹¹Ferrater Mora llegó concentrarse y a valorar de tal modo su obra literaria que aceptaba de mejor grado las críticas a sus tesis filosóficas que a sus novelas. Al final de la entrevista de referencia protestaba amargamente ante la falta de reconocimiento como novelista, y lo hacía perdiendo la mesura y la ironía de las que siempre hizo gala. Decía: “-Mi narrativa ha pasado desapercibida y he de decir que me parece mucho mejor que la de la mayoría de los autores actuales del país, que en su mayor parte son ilegibles. Cuando usted ha visto una antología general de narrativa, nunca habrá visto la mía. Cuido mucho mi narrativa” (*Ibid.*). Lluís Álvarez ha detectado un fondo de carácter estético que subyace a o recorre la construcción filosófica ferrateriana (Álvarez, 1994).

La prolongación de la filosofía en sus relatos puede entenderse de forma *negativa*, de modo que la narrativa de Ferrater se produciría de manera crítica con relación a su propia filosofía. En tal caso el novelista Ferrater estaría desmintiendo al Ferrater filósofo, poniendo entre paréntesis sus ideas, impugnando sus convicciones, dilapidando sus hallazgos. Sería como la otra cara, oscura, de su pensamiento, la cruz, la sombra, el mundo vuelto del revés, contrapunto de su contrario. En ella el pensador-novelistas se permite burlar, retóricamente, los límites que ha trazado el pensador-filósofo, convirtiendo a sus criaturas de ficción en protagonistas de la sinrazón y en agentes de la maldad. El mundo tan pacientemente edificado, explicado y protegido de sus obras filosóficas, un mundo que es real, pero que se mueve más en la órbita el deber ser que en el entorno del ser, se desmorona cuando tropieza con otras dimensiones de la realidad, cuya crudeza los sitúa dentro del espacio de la mostrenca cotidianidad.

Como obras de ficción que son, sus relatos permiten a Ferrater Mora disfrutar cultivando una faceta del arte que le otorga la libertad plena para decir abiertamente lo que piensa, auxiliado por los personajes que crea, expresándolo cuando viene al caso con ingenio y desparpajo para meterse por los berenjenales de las conductas delictivas, para conducirnos hasta las prácticas sexuales más explícitas o bien para entregarse a la visión humorística desde la ironía o el sarcasmo. Le conceden también el privilegio del juego de la inteligencia, tensando la cuerda de la cabriola mental, además de incoar pequeñas venganzas y tener siempre en el punto de mira a los filósofos, de cuyo trato, incluyéndose a si mismo, queda descartada la indulgencia, pero no la piedad.¹² Veamos un ejemplo de este *divertimento*: puesto que hace ya algunos años Jesús Mosterín –a quien respetaba como filósofo- se propusiera nada menos que reformar la ortografía castellana, Ferrater da entrada a un personaje llamado Xesualdo Mostekín [*¡sic!*], filósofo por más señas, en posesión de los mismos propósitos reformistas, lo que permite a nuestro novelista gastar una broma a su amigo desde la distancia de la ironía (Ferrater Mora, 1982, 155), o lanzar un dardo a su maestro Ortega y Gasset, cuando no ridiculizar la petulancia pedantesca de algunos filósofos innombrados.¹³

¹² Francisco Ayala, con quien Ferrater compartió la experiencia del exilio en América, sintonizando ambos en la defensa de un pensamiento político liberal sin ortodoxias, acentuaba en sus memorias algún rasgo de la personalidad intelectual de su amigo, que profundiza en el siguiente análisis: “José María es hombre de ingenio muy aguzado, punzante, y su conversación está llena de paradojas, de atrevidos juegos, de saltos arriesgados que exigen bastante agilidad mental para seguirle, una gimnasia de la que, claro está, no todos sus interlocutores son capaces. [...] En este mundo loco, o perro, Ferrater Mora, como cada quisque en las generaciones actuales y quizá en las generaciones todas desde nuestro padre Adán, ha tenido que pasar lo suyo; y no es improbable que sus personales experiencias, asumidas con humor, contribuyeran a aguzar el estilete nunca demasiado emponzoñado de su acerba ironía, una ironía que no vacila, llegado el caso, en volverse contra aquello que –fácil es darse cuenta- él más aprecia: su propia actividad de pensador, escritor y profesor.” (Ayala, 2011, 483-484).

¹³ Sobre Ortega y Gasset (véase Ferrater Mora, 1986, 57). A propósito de las “luminarias” intelectuales, incluyendo uno de ellos llamado Francisco Tilla, pero que al convertido en familiar daba como resultado el poco piadoso nombre de Paco Tilla, véase Ferrater Mora (1986, 196-197). En alguna ocasión nos encontramos con la aparición de personajes vivos, de carne y hueso, como el profesor Francisco Rico, en calidad de “crítico y erudito español” (Ferrater Mora, 1986, 113), o ante un “cameo”, en el que el novelista menciona a “José Ferrater Mora”, como alguien que opina lo mismo que O. Spengler y el narrador (Ferrater Mora, 1989, 32).

De este modo, la novelística de Ferrater Mora podría estudiarse como aquel espacio inventado en que no funcionan las leyes que ha defendido mediante su teoría filosófica -o que funcionan en sentido contrario-, a modo de un “estado de excepción”, en el que el mundo de sus ficciones recusa el mundo de sus ideas, quedando estas flotando por obra del comportamiento de sus criaturas literarias. Donde había racionalidad y contención, ahora hay pasión y ambición, en lugar del resplandor de la verdad, ahora esta se nos esfuma y nos burla, “jugando” con nosotros, donde triunfaba el bien y la virtud, emerge la maldad y campa a sus anchas la corrupción. La justificación de este resultado se desprende, sobremedida, tras el análisis que hemos hecho de su trilogía, aquella en la que el “cielo” representado por el mundo utópico de Corona acababa convirtiéndose en un infierno. En las fábulas creadas por Ferrater Mora nada es seguro, ya que las certidumbres se diluyen en la complejidad de las acciones humanas, y no digamos los ideales ético-políticos, derrotados por la fuerza de las pasiones.

Priscilla Cohn concluye el estudio citado sobre la novelística de Ferrater afirmando que los problemas morales que aparecen planteados en sus obras de ficción no encuentran una solución en las mismas, pero que si alguien deseara allegar una respuesta debería acudir a las obras mayores donde Ferrater Mora despliega su pensamiento filosófico más sistemático.¹⁴ Efectivamente, así es, aunque la gracia de todo este asunto no esté precisamente en esto, sino en el hecho de que las novelas fueron escritas *después* de las obras filosóficas, cuando parecía que los problemas habían sido resueltos. ¿Denota esta nueva fase creativa de su autor un desapego por su obra teórica, una incomodidad con la misma, cansancio acaso, quizá autocrítica? A lo mejor sí, aunque nunca lo sabremos del todo, pero, en todo caso, este tipo de explicación afectaría más a la psicología del autor que a la naturaleza de su obra, que es lo que ahora nos interesa.

Si la narrativa de Ferrater “deshace” su filosofía, ¿qué estatuto otorgar al pensamiento que esconde su producción novelística? Hay una categoría central en la ontología de Ferrater que sirve para enlazar todos los niveles de la realidad, nombrada como *continuidad*, la cual puede ser muy aprovechable para el caso que nos ocupa, reinterpretando la observación de que la novelística de Ferrater prolongaría su obra filosófica. De esta suerte, el pensamiento *todo* de Ferrater Mora oscilaría entre el momento “positivo” que representa su filosofía y el “negativo” que exhibe su narrativa, no siendo, de manera absoluta, ni lo uno ni lo otro, sino el discurrir entre esas dos direcciones contrapuestas, “integrando” de manera complementaria ambas perspectivas. Ferrater Mora estará en los dos momentos, ya que cada uno necesita del otro para determinarse o definirse, oscilando entre la razón y la sinrazón, la verdad y el error, la justicia y la injusticia, la locura y la cordura. La negatividad es un momento necesario de la realidad. Nuestro pensador en más de una ocasión hizo suya la conocida idea de Kant sobre la relación entre intuición y concepto aplicándola a otros contextos.¹⁵ A este también le podría

¹⁴ “These are certainly basic philosophical questions [se refiere a algunos de los dilemas morales que aparecen en sus novelas], but the answers to these questions are not even hinted at in the novels. If you want to know Ferrater Mora’s ontological or epistemological views, you have to read *El ser y la Muerte*, *De la Materia a la Razón* or *Fundamentos de Filosofía*. If you want to know his moral views, you have to read *Ética aplicada* and that it as it should be.” (Cohn, 2010: 21).

¹⁵ Véase Kant, *Crítica de la razón pura*, (KrV, A51/B75). Tenemos registradas, al menos, tres referencias en las que Ferrater Mora aplica la misma fórmula kantiana. Véase: Ferrater Mora, *Ética aplicada*, 1981, 40; *Modos de hacer filosofía*, Barcelona, Crítica, 1985: 72; *Las palabras y los hombres*, Barcelona, Península, 1991, 177. En el primer caso “el sentido moral” hace el papel de la intuición y “la razón” el del concepto, en el segundo son la “libertad” y la “organización” los protagonistas, mientras que en el tercero es “el pensamiento” el que sustituye a la intuición y “el lenguaje” al concepto.

convenir, pues la filosofía de Ferrater sin su novelística quedaría “vacía”, mientras que esta sin su filosofía permanecería “ciega”. Evidentemente, la expresión es hiperbólica, pero creo que no va muy descaminada.

Puede que una ficción no sea la verdad, pero representa, por vía de la imaginación, alternativas que la propia verdad esconde, y que cuando se trata de asuntos tan graves como la vida humana, acaso la escritura literaria tome la delantera al texto filosófico, como Ferrater Mora nos decía en un artículo, publicado en *La Nación* de Buenos Aires el año 1961, titulado “El sabor de la vida” –expresión que añade como colofón en la última página de *El juego de la verdad* (Ferrater Mora, 1988, 276)-, con cuya cita quisiera poner el punto final a este ensayo:

Los grandes concedores de la vida humana en sus sabores incontables han sido algunos escritores que han unido a cierta singular capacidad para percibir detalles, un peculiar poder de síntesis que nos lo ha resuelto en afortunadas expresiones (Ferrater Mora, 1967, II: 208).

Bibliografía

- Ayala, Francisco (2011), *Recuerdos y olvidos (1906-2006)*, Madrid, Alianza.
- Cohn, Priscilla (2010), “Ferrater Mora: A Philosopher as Novelist”, *Enrahonar*, 44, pp. 11-21.
- Bardera Poch, Damià, *Anàlisi del l'obra narrativa de Ferrater Mora des de la seva filosofia*, Tesis Doctoral dirigida por Josep-Maria Terribacras Noguerras, Girona, Universitat de Girona, 2015.
- Ferrater Mora, José (1936), “Teogonía” (poema), *Isla. Hojas de arte y letras*, 9.
- Ferrater Mora, José (1967), *El ser y el sentido*, Madrid, Revista de Occidente.
- Ferrater Mora, José (1967), *Obras selectas*, 2 vols., Madrid, Revista de Occidente.
- Ferrater Mora, José (1974), *Cine sin filosofías*, Madrid, Esti-Arte, introducción de A. Sánchez-Harguindey.
- Ferrater Mora, José (1979), *De la materia a la razón*, Madrid, Alianza.
- Ferrater Mora, José (1979), *Siete relatos capitales*, Barcelona, Planeta.
- Ferrater Mora, José (1981), *Ética aplicada*, Madrid, Alianza, 2ª ed., 1988.
- Ferrater Mora, José (1982), *Claudia mi Claudia*, Madrid, Alianza.
- Ferrater Mora, José (1983), *El mundo del escritor*, Barcelona, Crítica.
- Ferrater Mora, José (1985), *Voltaire en Nueva York*, Madrid, Alianza.
- Ferrater Mora, José (1986), *Hecho en Corona*, Madrid, Alianza.
- Ferrater Mora, José (1988), *El juego de la verdad*, Barcelona, Destino.
- Ferrater Mora, José (1989), *Regreso del infierno*, Barcelona, Destino.
- Ferrater Mora, José (1991), *La señorita Goldie*, Barcelona, Seix-Barral.
- Ferrater Mora, José (1991), *Mujeres al borde de la leyenda. Con un prólogo del autor y un epílogo de Priscilla Cohn que incluye el relato póstumo de José Ferrater Mora “Reivindicación de Babel”*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- Ferrater Mora, José (2005), *Variaciones de un filósofo. Antología*, selección, estudio introductorio y edición de J. Gracia, A Coruña, Edicions do Castro.

- Ferrater Mora, José (2007), *Razón y verdad y otros ensayos*, edición y prólogo de A. F. Gutiérrez Coto, Sevilla, Espuela de Plata.
- Gracia, Jordi (2012a), *Burguesos imperfectes. L'ètica de l'heterodoxia a les lletres catalans del segle XX*, Barcelona, La Magrana, pp. 127-160.
- Gracia, Jordi (2012b), “El compromís d'un pensador o la vocació de Ferrater Mora”, *Via. Valors, Idees, Actituds: revista del centre d'estudis Jordi Pujol*, 49, pp. 52-68.
- Gracia, Jordi (2013), “Ferrater Mora o la gracia de la razón”, *Claves de razón práctica*, 227, pp. 158-165.
- Gracia, Jordi y Ródenas, Dámaso (eds.) (2009), *El ensayo español: siglo XX*, Barcelona, Crítica, pp. 574-593.
- Maresma, Assumpció (1990), “Josep Ferrater Mora” [Entrevista], *Catalònia*, 17, pp. 32-36.
- Nieto Blanco, Carlos (1985), *La filosofía en la encrucijada. Perfiles del pensamiento de José Ferrater Mora*, prólogo de Javier Muguerza, Barcelona, Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma.
- Nieto Blanco, Carlos (1994), “Naturalismo filosófico y dialéctica en el pensamiento de José Ferrater Mora”, en S. Giner y E. Guisán (eds.), *José Ferrater Mora: el hombre y su obra*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, pp. 15-36.
- Nieto Blanco, Carlos (2005), “El mundo desde dentro. Una aproximación al discurso ontológico de Ferrater Mora”, *Revista de Hispanismo Filosófico*, 10, pp. 59-72.
- Nieto Blanco, Carlos (2010), “Cultura y política en el pensamiento de José Ferrater Mora”, en A. Sánchez Cuervo y F. Hermida de Blas (coords.), *Pensamiento exiliado español. El legado filosófico del 39 y su dimensión iberoamericana*, Madrid, Biblioteca Nueva/CSIC, pp. 126-163.
- Nieto Blanco, Carlos (2010), “Idioma y filosofía en el pensamiento de José Ferrater Mora”, en J. L. Mora García, R. E. Mandado Gutiérrez, G. Gordo Piñar, M. Nogueroles Jové y Fundación Ignacio Larramendi (eds.), *La filosofía y las lenguas de la península Ibérica*, Madrid, Fundación Ignacio Larramendi / Asociación de Hispanismo Filosófico / Real Sociedad Menéndez Pelayo / Societat Catalana de Filosofia, pp. 295-322.
- Nieto Blanco, Carlos (2012), “José Ferrater Mora: actualidad de un centenario”, Asociación de Hispanismo Filosófico, www.ahf-filosofia.es.
- Nieto Blanco, Carlos (2015, en prensa), “Ferrater Mora, un liberalismo de raíz ética” en A. Sánchez Cuervo (ed.), *Liberalismo y socialismo. Pensamiento político del exilio republicado español*, Madrid, Biblioteca Nueva / CSIC.
- Oliver, Joan [Pere Quart] (1981), “Notes on a Friendship”, en P. Cohn (ed.), *Transparencies. Philosophical Essays in Honor of J. Ferrater Mora*, Atlantic Highlands, N.J., Humanities Press, pp. 1-4.
- Romaguera Ramió, Joaquim (1999), “Josep Ferrater i Mora: escriptor cinematogràfic: cineasta”, *Revista de Catalunya*, 145, pp. 53-73.